

## TODOS SOMOS UNO



Cuando los niños entraron en el Gran Parque, Dóron los notó uno a uno como una tierna caricia en su viejo tronco. Ximena entró por la Puerta del Norte y Aminata lo hizo por la Puerta del Sur. Manuel, muy intrigado, eligió la Puerta del Este y María, tranquila y risueña, prefirió la del Oeste. Por el Portal de los Leones llegó Valeria con su larga melena pelirroja al viento, y por la entrada del Jardín de Rosas lo hizo suspirando de emoción Emma. Por el acceso que hay junto al Gran Invernadero entró Yussef, silbando y con las manos en los bolsillos. Todos lo hicieron a la misma hora, en el mismo minuto y en el mismo segundo exacto. Y exactamente tres minutos más tarde llegó Tiago con la pequeña Iria de la mano. Excepto los hermanos, ninguno de ellos se conocía ni se habían visto antes.

Sin embargo, cuando llegaron a la gran alfombra de hierba y flores que rodeaba al anciano roble, ninguno de ellos pareció sorprenderse al encontrar allí a los otros niños. Se miraron a los ojos y se sonrieron, sin que hiciera falta decir nada, sentándose en círculo alrededor de Dóron. Todos sabían lo que tenían que hacer; incluso Iria, que con sus cinco años recién cumplidos era la más pequeña de todos. Los demás estaban entre los siete de Ximena y los doce de Yussef.

–Gracias por venir –dijo Dóron. Tampoco ninguno de ellos se extrañó al oír hablar al árbol. Lo habían oído en muchas otras ocasiones: en sueños y en ensueños, mientras jugaban solos en sus cuartos, tumbados sobre la hierba de un prado contemplando las nubes o en la cama mirando al techo; o simplemente cuando cerraban los ojos para mirar hacia dentro, hacia esos infinitos mundos imaginarios que todos tenemos en nuestro interior. En esos momentos, Dóron les hablaba con la misma voz profunda y cariñosa que ahora acababan de oír.

–Gracias a ti por invitarnos –respondió María. Toda su cara era una sonrisa resplandeciente y sentía mariposas en el estómago de tanta emoción incontenible.

–¿Por qué nos has hecho venir? –preguntó Valeria, mientras sus dedos acariciaban la hierba y jugaban con las flores.

–O para qué... Que parece lo mismo pero no lo es –puntualizó Manuel, dando a sus palabras un gracioso tono de misterio que hizo reír a todos los presentes, elfos y elfinas incluidos. También a él, que por primera vez descubrió lo agradable que era reírse de sí mismo. Pues aquel momento no se lo querían perder por nada del mundo ninguna de las criaturas del Gran Parque. Tampoco Ulah, la lechuza amiga de Dóron que vive en los lejanos y helados bosques del norte, al otro lado del océano, y que contemplaba atentamente la escena con sus grandes ojos amarillos.

–Pues veréis, amigos míos. Yo suelo hablar con muchos niños de la misma manera que hasta hoy lo he hecho con vosotros. Pero algo está empezado a cambiar y necesito vuestra ayuda.

Ante esa demanda, todos se recolocaron en sus sitios: enderezando la espalda, levantando la cabeza, cruzando bien las piernas y sacudiendo los hombros.

–¿Por qué un roble tan sabio como tú nos necesita? –quiso saber Yussef. Y esa era la pregunta que todos se hacían en ese momento.

A lo que Emma añadió:

–¡Si solo somos niños!

Esta vez fue Ulah quien respondió.

–¡Los niños sois los seres más importantes que existen en la Tierra!  
¡Importantísimos!!!

A pesar de su fama de gruñona y antipática, las palabras de la lechuza sonaron dulces y cariñosas, como el beso de alguien que te ama con toda su alma.

–También las abejas lo son –añadió Tiago, que acababa de descubrir que estas incansables jardineras están en grave peligro y con ellas muchas cosas importantes.

–¿En qué te podemos ayudar, Dóron? –se atrevió a preguntar la pequeña hermana del muchacho, de grandes ojos azules y redondas mejillas sonrosadas.

–Pues veréis, amigos míos. Necesito dar un mensaje y que se entere todo el mundo cuanto antes... Y creo que vosotros me ayudaréis a hacerlo.

–¿Un mensaje para los niños? –preguntó Aminata. –Porque yo no sé dónde están todos los niños del mundo, la verdad, porque el mundo es enorme. Quizás tengas que poner un anuncio en la tele... Aunque, ahora que lo pienso, puede que no todos los niños vean la tele. Mi abuela, cuando vino a vivir con nosotros desde su país, me contó que ella de niña nunca vio la tele... ¡Pero ahora se pasa todo el día viéndola y ya no me cuenta cuentos, como cuando llegó!

Todos, en especial los elfos y las elfinas, se entristecieron, pues sabían lo importante que es para los niños que los adultos les cuenten cuentos.

–¿Sabes qué le pasa a tu abuela, Aminata? –dijo Ulah. –Le pasa algo que por desgracia les ocurre a demasiados humanos: que se ha olvidado de que esa niña que nunca vio la tele todavía vive dentro de ella y echa de menos los cuentos tanto o más que tú.

–Así es –corroboró Dóron. –Los niños están por todas partes, porque dentro de todos los adultos vive todavía el niño o la niña que fueron, esperando poder volver a jugar y a contar cuentos, a columpiarse, a bailar y a cantar canciones sin que les importe si lo hacen bien o no.

–¡Tienes razón, Dóron! –dijo Emma. –Porque mi padre, cuando juega conmigo, es más niño que yo... ¡Qué pena que lo haga tan pocas veces por culpa de ese trabajo importante que tiene!

Ximena, que hasta entonces había permanecido atenta y en silencio, dijo lo que todos en verdad sabían:

–No debería existir nada más importante para los padres que jugar con sus hijos todos los días un rato. –Y, mirando a Emma con compasión, añadió: – Sé que no todos los niños pueden jugar cada día con sus padres. Yo tengo mucha suerte. Por eso sé que todos deberían hacerlo, para el bien y la felicidad de toda la familia. Díselo a tu padre, por favor.

–¿Sabéis cómo nos divertimos mamá, Tiago y yo? –exclamó Iria. – Hemos adoptado un bosque y lo cuidamos. Como vivimos en un piso y no tenemos jardín, todos los fines de semana mamá prepara unos bocadillos, cogemos un autobús y vamos hasta un pueblo que se llama Monteverde. Lo elegimos porque nos gustó su nombre. Luego caminamos un rato y llegamos a nuestro bosque, que no es nuestro porque no lo hemos comprado, pero lo queremos tanto que es como si lo fuera. ¡Y allí jugamos, reímos, cantamos y nos lo pasamos muy bien!

–Y lo más importante –añadió Tiago –es que lo mantenemos limpio de maleza y suciedad humana. ¿Sabes, Dóron? Es un bosque de robles. Los robles sois los árboles favoritos de mamá.

–Pues si todos los niños del mundo hiciéramos lo mismo con nuestras familias, sería maravilloso, ¿no os parece? –dijo Valeria, imaginando a su gran familia haciendo como Iria, Tiago y su madre.

–Eso depende –puntualizó Manuel. –Porque a veces, cuando los humanos nos acercamos a la naturaleza, le hacemos más mal que bien. Mi tío siempre dice que los seres humanos somos una peligrosa plaga para el planeta.

–¿Los niños también? –quiso saber Iria, asustada ante esa terrible opinión; aunque no sabía lo que era una plaga, entendió que no era nada bueno.

–Los humanos le hemos creado muchos problemas a nuestro planeta –siguió Manuel, recordando lo que le explicaba su tío, un hombre bastante pesimista sobre el futuro de la Tierra y de la humanidad: –contaminación, sobreexplotación de los recursos naturales, destrucción de bosques y selvas... Sin hablar del daño que nos hacemos entre nosotros.

Todos se sintieron muy tristes ante aquella reflexión, especialmente los elfos y las elfinas, muy sensibles a las diferentes enfermedades que sufre nuestra Madre Tierra.

–¿Tú crees, Dóron, que los humanos podremos encontrar soluciones a tantos problemas? –preguntó María, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón encogido de pena.

–No tengo la más mínima duda de que vais a encontrar todas las soluciones –respondió el sabio roble con voz firme; y todos los niños suspiraron aliviados. –Los seres humanos sois capaces de cosas extraordinarias cuando os lo proponéis. De hecho, yo sé que sois capaces de mucho, de muchísimo más de lo que vosotros creéis. ¿Estás de acuerdo conmigo, Ulah?

–¡Por supuesto! ¡Totalmente! ¡Absolutamente! –exclamó con fuerza la lechuza. Y su entusiasta respuesta contagió a todos de una gran alegría y esperanza en el futuro de la Tierra y la humanidad.

–Estoy seguro –continuó Dóron– de que niños como vosotros harán grandes descubrimientos dentro de unos pocos años para traer

soluciones a esos terribles problemas que amenazan a nuestra preciosa Madre Tierra. ¡Quién sabe si incluso uno de vosotros inventará un artilugio para descontaminar los mares, o un mejor sistema para gestionar los valiosos recursos de nuestro planeta, como el agua potable! De hecho, cada vez son más las personas que trabajan para crear soluciones. Pero la mejor solución es dejar de ser parte del problema, y ahí todos podemos aportar algo de nuestra parte. Y este es el momento de pedirnos vuestra colaboración. ¡Quiero haceros una propuesta! Cuando el lunes volváis a vuestras clases, proponed un ejercicio para realizar con vuestros compañeros: identificad cinco realidades que estén enfermado a nuestro planeta y pensad en cosas concretas que podáis hacer vosotros para mejorar esa situación. Sobre todo, poned atención a los hábitos que podéis cambiar en vuestro día a día respecto a cada uno de esos problemas de la Tierra para dejar de ser parte de ellos; y si además se os ocurre alguna propuesta que podáis realizar para mejorar la situación, mejor todavía.

–Yo no te entiendo muy bien, Dóron –se lamentó Iria, perdida.

–Pues yo sí creo haberlo entendido –le dijo su hermano. –Por ejemplo, si es un problema para la Tierra la cantidad de residuos que generamos los seres humanos, una cosa que todos podemos hacer es preferir productos que no abusen de los envoltorios, o acostumbrarnos a hacernos responsables nosotros de llevar la bolsa de casa cuando acompañamos a nuestros padres a hacer la compra. De esta forma vamos dejando de formar parte de ese problema.

–¡Muy buen ejemplo, Tiago! –exclamó Ulah, agitando sus grandes alas blancas como si aplaudiera.

–Son muchas las cosas que podéis hacer –siguió Dóron. –Es importante conocer los problemas para dejar de ser parte de los mismos, pero más importante todavía es comprometeros a aportar soluciones en forma de pequeños grandes compromisos personales, cosas sencillas que podáis hacer, como los ejemplos que ha puesto Tiago. El mismo ejercicio que os he propuesto sería muy interesante que también lo hicierais en vuestras casas, con vuestras familias, y que lo comentarais con amigos de otros colegios para que lo hagan ellos también. Muchos pequeños gestos pueden contribuir a generar grandes y poderosos cambios.

–Pero Dóron, ¿cómo eso puede ayudar a evitar tantos y tan graves problemas? –preguntó Manuel, a quien su tío le había contado que

muchos de los males del mundo tienen que ver con personas sin escrúpulos que juegan con la vida de otras personas, de los animales y de las plantas, con el equilibrio natural del planeta, solo para hacerse ricos y poderosos.

–Todos los humanos sois poderosos, porque todos tenéis superpoderes que os cuesta utilizar, sobre todo porque no creéis tenerlos: no creéis que podéis hacer algo para cambiar las cosas a mejor y demasiadas veces os rendís antes de dar el primer paso.

La idea de tener superpoderes creó un remolino de excitación entre los niños.

–¿De verdad tenemos superpoderes, Dóron? ¿Cuáles son? ¡Dinos! ¡Dinos!

–Por ejemplo, tenéis el superpoder de pensar, de haceros preguntas y de buscar respuestas –dijo el roble cuando el murmullo efervescente regresó al respetuoso silencio de la escucha. –Y, sobre todo, tenéis el poder de sentir las respuestas de vuestro corazón.

–¿Eso es un superpoder? –preguntó Yussef, decepcionado. Él esperaba que el anciano roble del Gran Parque les dijera que podían volar, o hacerse invisibles.

–¡Oh, sí, y es un superpoder muy importante –continuó. –Sobre todo cuando sois capaces de llegar a escuchar las respuestas de vuestro corazón, porque esas son las respuesta que os serán verdaderamente útiles.

–Y eso, ¿cómo se hace? –preguntó Manuel, desconcertado. Él solía buscar las respuestas preguntando a los adultos de su familia, sobre todo a su tío, que siempre estaba leyendo el periódico y parecía tener respuesta para todo. A veces también buscaba en libros de la biblioteca, o en Internet. Pero nunca había buscado respuestas en su corazón.

–Lo que haces, Manuel, está muy bien –le dijo el árbol. –Pero seguro que más de una vez te habrá pasado que, para una misma pregunta, encuentras diferentes respuestas, algunas de ellas contradictorias. Entonces, ¿cómo puedes saber cuál es la respuesta que estás buscando? La única manera es aprendiendo a escuchar a tu corazón, lo que sientes en lo más profundo de ti respecto a toda la información que has conseguido reunir a partir de tu pregunta.

–Cuando tengo que tomar una decisión y no sé cuál opción elegir, mi madre siempre me dice que siga el camino del viento –dijo Ximena. –Es su manera de decirme que escuche a mi corazón. ¡Eso es lo que hago y nunca falla!

–Pero Dóron –siguió Manuel, –¿a dónde me lleva el camino del viento? Porque el viento suele ser muy cambiante y no sé si ese es un buen consejo, la verdad.

–El camino del viento, joven amigo Manuel, te llevará siempre adonde tienes que ir, ni más ni menos. La voz de tu corazón siempre te guiará a recorrer tu propio camino, porque cada ser humano tiene un camino único y personal que recorrer, incomparable a cualquier otro. El camino del viento siempre te acercará a ti, a conocerte mejor cada día. A veces creerás haber acertado el camino, o la respuesta, y otras pensarás que te has equivocado. Pero nadie puede dar ni un solo paso fuera de su camino, esta es la cuestión, porque tu camino está donde estás tú. Lo más importante es no quedarte quieto cuando tu corazón te invita a hacer algo, ni rendirte porque piensas que nada puedes hacer mientras dentro de tu corazón el viento sopla y sopla esperando que hagas algo y no te mueves por miedo a equivocarte. No sé si me explico bien.

–Creo que te estoy entendiendo demasiado bien–dijo Manuel, sonriendo.

–Yo quería hacer algo por un niño que vino nuevo a mi clase este año y al que algunos compañeros insultaban, aprovechándose de que no tenía amigos –dijo Yussef. –Le pregunté a mi padre y me dijo que no me metiera en líos. Le pregunté a mi madre y me dijo que hablara con la tutora. Pero ninguna de esas respuestas me parecía la respuesta que yo estaba buscando. Entonces sentí lo que me pedía mi corazón: me pedía que me acercara a ese niño y me hiciera su amigo. Y eso fue lo que hice... ¡Y ahora es mi mejor amigo y ya nadie se mete con él!

–Seguiste el camino del viento –dijo Ximena, guiñándole un ojo.

Los niños le pidieron a Dóron que les hablara de otro superpoder humano y él les habló de lo poderosos que somos cuando nos unimos y trabajamos juntos.

–A eso se le llama cooperar. Y vais a tener que utilizar este superpoder para realizar todos esos cambios que la Tierra necesita para recuperar la salud. Porque un solo ser humano es capaz de hacer cosas extraordinarias, pero cuando os unís y cada uno aporta lo mejor de sí

mismo para realizar algo porque así lo siente en su corazón, entonces los humanos podéis crear auténticos milagros, como los que la Tierra espera de cada uno de vosotros. Los seres humanos, cuando sumáis vuestras fuerzas, os multiplicáis; así que, por favor, dejad de pensar que no podéis hacer nada o que nada se puede hacer para que las cosas sean de la manera que vuestro corazón os dice con fuerza que deberían ser.

–Pero Dóron, en verdad trabajar juntos es muy difícil –dijo Emma, – porque hay diferentes maneras de pensar, diferentes ideas de cómo hacer las cosas, todos quieren mandar y tener razón, y al final nos peleamos y no hacemos nada de nada.

Dóron entonces se quedó en silencio, y en su silencio todos pudieron sentir su dolor.

–¿Qué te duele, Dóron? –le preguntó la pequeña Iria, e inmediatamente se levantó y corrió a abrazarlo con sus cortos brazos que apenas cogían una pequeñísima parte de su grandísimo tronco.

–Me duele pensar en todo lo que se hubiera podido hacer y no se hizo por el motivo que Emma acaba de exponer tan bien: la falta de entendimiento entre los seres humanos. Me duele porque sé que hay mucho sufrimiento causado por esa incapacidad de cooperar para construir el mundo que todos llevamos dentro de nuestro corazón, pero cuando surgen esas desavenencias es porque dejamos de escucharlo. Si en esos momentos somos capaces de regresar al camino del viento, entonces todo vuelve a su lugar y las más grandes tareas pueden ser realizadas con alegría y disfrute. La humanidad lo ha demostrado muchas veces.

–Entonces –dijo Aminata, –el superpoder más poderoso es escuchar a nuestro corazón y seguir lo que nos dice.

–¡Así es! –respondió Ulah, satisfecha por encontrarse reunida con los niños, sus humanos favoritos. Porque ella creía que cuando los niños se iban olvidando de ser niños y se iban convirtiendo en adultos, olvidaban también las cosas más importantes y se pasaban la vida buscando una felicidad que dejaron enterrada en algún lugar de su infancia. –En verdad, los niños sabéis escuchar mejor a vuestro corazón que la gran mayoría de los adultos. Escuchar al corazón y vivir según nos dice es muy importante para que nuestras vidas sean felices.



–Por eso –añadió Dóron –vais a tener que emplear otro superpoder: el del compromiso. El compromiso con lo que vuestro corazón os dice. Porque a veces puede pasar...

–¡Yo sé lo que vas a decir! –interrumpió Emma. –A veces puede pasar que tu corazón te dice “Perdona a tu amiga por lo que te ha hecho” pero tú no lo escuchas, o mejor dicho lo escuchas pero no le haces caso porque todavía te duele lo que te hizo, y entonces el sufrimiento se alarga y se hace más grande e insoportable por momentos.

La niña rompió a llorar y todos corrieron a abrazarla.

–¿Cómo se llama esa amiga a la que tanto te cuesta perdonar, Emma? –le preguntó Dóron. –Debió de hacerte mucho daño.

–Se llama Vero y contó a toda la clase un secreto que yo le confié. Me ha pedido perdón muchas veces, pero yo no puedo perdonarla porque me hizo mucho daño. Lo que pasa es que éramos muy buenas amigas, las mejores, y todos los días la echo de menos: sus bromas tontas, que me ayude con los deberes de matemáticas, ayudarla con los de lengua, jugar a adivinanzas, compartir libros... Y ya no sé qué me hace más daño, si que contara ese secreto o que ya no seamos amigas. Porque mi corazón no para de pedirme que la perdone y ya no soporto más vivir así.

–¡Pues perdónala hoy mismo, ahora mismo! –exclamó Ximena, y le estampó a Emma un beso en la frente. –Sigue el camino del viento y serás feliz.

–¡¡¡Vero, te perdono, te perdono, te perdono!!! –gritó muy fuerte Emma, como si sus palabras pudieran recorrer la enorme distancia que separaba el centro del Gran Parque del lugar en el que Vero hacía los deberes de lengua pensando en Emma. Fueron las elfinas quienes se encargaron con gusto de hacer llegar el perdón de Emma hasta allí, y el corazón compungido de la niña se llenó de repente de paz y alegría y le dijo con fuerza que confiara, porque muy pronto volvería a hacer los deberes con su añorada amiga.

–Para ser auténticos seres humanos, de los que tienen superpoderes y los saben usar, el compromiso con lo que os dice vuestro corazón es imprescindible; pues escucharlo y desobedecerlo lo único que hará es que sufráis porque sabéis que no estáis haciendo lo que hay que hacer.

–Entonces –dijo María –¿eso es lo que querías pedirnos, Dóron? ¿Que escuchemos a nuestro corazón y le hagamos caso?

–Como os dije antes, algo ha empezado a cambiar en los seres humanos: cada vez un mayor número de vosotros escucháis a vuestros corazones. Eso está bien, claro, pero de poco sirve si no os comprometéis a vivir siguiendo el camino del viento, para utilizar la hermosa expresión de la madre de Ximena. Cuando un ser humano escucha a su corazón y no le hace caso, ocurre lo que nos ha contado Emma: hay mucho sufrimiento. Y, ante ese sufrimiento, a veces elegís dejar de escuchar al corazón. ¡Nada me entristece más que un ser humano que deja de escuchar a su corazón para no sufrir! Porque la única verdadera forma de aliviar el sufrimiento de la Tierra y de la humanidad es que los seres humanos escuchen a sus corazones y actúen según lo que estos les digan. Cuando un número importante de humanos lo hagan... ¡La Tierra volverá a recuperar la salud perdida! Lo que haga cada uno de vosotros cuenta, ¡y cuenta muchísimo! Por eso os pido que recordéis que tener superpoderes implica una gran responsabilidad: la responsabilidad de utilizarlos, y de utilizarlos bien. Usad bien el superpoder principal que tenéis, escuchad a vuestro corazón y comprometeros a seguir lo que os diga.

–Pero Dóron –interrumpió María, –¿cómo puedo saber que es mi corazón el que me habla?

–Es más fácil de lo que parece, querida amiga. Cuando escuchamos a nuestro corazón y actuamos según nos dice, sentimos paz y alegría. Pero cuando escuchamos a nuestro orgullo, o a nuestros miedos, entonces lo que experimentamos es bien distinto. Seguro que todos habéis vivido las dos situaciones.

–Si me permites, Dóron –continuó Ulah –os voy a explicar algo que tal vez os puede resultar útil. Si tenéis dudas sobre si es vuestro corazón el que os está hablando, buscad un lugar tranquilo, relajaros haciendo unas cuantas respiraciones profundas, cerrad los ojos e imagináros siguiendo lo que os dice. Entonces observad las sensaciones de vuestro cuerpo. Si os sentís bien, cómodos, felices... ¡Adelante! Es el corazón el que está hablando. Pero si notáis nervios, tensión, enfado u otras sensaciones negativas... Entonces, seguid preguntándole a vuestro corazón y esperad confiados su respuesta, pues el corazón siempre habla a quien de verdad quiere escucharlo.

–Practicad mucho este ejercicio que os ha enseñado mi amiga Ulah –les dijo Dóron. –Y, si podéis, enseñadle a los miembros de vuestra familia y a vuestros amigos a escuchar a su corazón.

–¡Yo se lo voy a contar a mi amigo Xurxo! –exclamó Tiago. –Es el mejor amigo que tengo en la aldea de mis abuelos. Me ha contado que un gran incendio ha quemado casi todos los bosques y que ahora el paisaje que antes era verde y que tanto nos gustaba se ha vuelto negro. Me ha dicho que todos en su colegio están tan tristes y asustados por lo que ha pasado que no saben qué hacer. ¡Lo que tienen que hacer es escuchar a su corazón y comprometerse a hacer lo que les pida para ayudar a la Madre Tierra a renacer en aquel lugar tan bonito!

–Y háblale también a Xurxo del superpoder de cooperar –añadió Dóron. –Si todos se unen para hacer algo, el resultado será mucho más grande, porque cuando las fuerzas se suman estas se multiplican y pueden crear verdaderos milagros.

–Lo haré, Dóron, lo haré –dijo Tiago, feliz de poder compartir con su amigo aquel mensaje.

Llegó la hora de levantarse y partir. Todos lo sabían. No estaban tristes, porque se iban cargados de tesoros. Gracias a Dóron y a Ulah había descubierto algunos de los superpoderes humanos y la importancia de utilizarlos correctamente para el bien común. No, ninguno de ellos estaba triste, ni siquiera los elfos ni tampoco las elfinas, siempre tan sensibles. No estaban tristes porque sabían que TODOS SOMOS UNO. Y nadie que sepa de verdad eso puede estar triste cuando se separa de un amigo porque sabe que, por lejos que te vayas, es imposible separarte de él.



Cuando Xurxo terminó de leer el correo electrónico de su amigo Tiago, brotó verde la esperanza en su corazón ennegrecido de tristeza por los terribles incendios que le habían robado el paisaje a él y a toda su comunidad.

Se lavó los dientes y se acostó sin poder imaginar que aquella noche iba a vivir el sueño más real de toda su vida. Al despertar, conmovido por la experiencia, le hubiera gustado contárselo a su padre, pero este ya se había ido a trabajar. Quiso contárselo a su madre, pero el pequeño Bran estaba más llorón que de costumbre. La abuela había ido al médico y el abuelo, como cada día desde el incendio, estaba llorando en el monte.

A la hora del recreo, por fin, pudo contárselo a Anxo y a Olaia, sus mejores amigos. Fueron ellos quienes lo convencieron de lo que él ya sabía: debía vencer su timidez y atreverse a contárselo a toda la clase.

–Pero los de siempre se reirán de mí –respondió.

–A los de siempre los conocemos todos, y la tutora es la que mejor los conoce –le dijo el chico. –¿Eso te va a frenar? Recuerda lo importante que es el compromiso con lo que te dice tu corazón.

–Sí, Xurxo –añadió la niña. –Antes nos has dicho lo importante que era hacer lo que nuestro corazón nos pide, y que tu corazón te dijo que contaras tu sueño al máximo de personas posible. Y creo que, para empezar, debes contárselo a los niños de nuestra clase, para que podamos unirnos y hacer cosas para ayudar a nuestros bosques.

Después del recreo, y aprovechando la hora de tutoría, Xurxo pidió poder contar a sus compañeros aquel sueño tan especial que había tenido. La tutora lo invitó a sentarse en su silla y ella ocupó la de él. Siempre hacía lo mismo cuando algún niño quería tomar la palabra, y todos sabían que ella era muy feliz cuando ellos contaban a sus compañeros algo que de verdad les importaba.

–Esta noche tuve un sueño –empezó. –Pero nunca antes había tenido un sueño tan real ni tan bonito como este. Yo diría que este ha sido un sueño especial, un sueño importante. Cuando me he despertado esta mañana, me sentía distinto.

–¡Menuda tontería!–dijo uno de los de siempre. –¡Un sueño es un sueño!

–¡Yo hoy he soñado que comía hamburguesas toda la noche –dijo otro gracioso. –¡Y cuándo me he levantado estaba muy distinto!

El que había interrumpido primero y otro se rieron bajito. A nadie más le hizo gracia la ocurrencia, pues toda la clase, menos esos tres, estaba deseando escuchar el sueño de Xurxo. Quizás también los de siempre lo querían escuchar, le hizo saber Dóron a su amigo desde su corazón, pero parecían no poder evitar hacer burla de todo.

–Yo caminaba por una gran ciudad en la que nunca he estado, pero no estaba perdido porque sabía muy bien adónde iba: caminaba hacia el Gran Parque. Entré por una puerta que daba a un jardín de rosas y...

–¡Uy, qué bonito! ¡Un jardín de rosas!–se burló el que dijo haberse pasado la noche comiendo hamburguesas, y los otros dos soltaron esta

vez sonoras carcajadas. La profesora les amenazó con mandarlos a dirección si seguían interrumpiendo a su compañero que, pacientemente, esperaba poder continuar con el relato de su sueño.

Más allá del jardín de rosas había un lago artificial rodeado de una gran superficie de hierba. Allí había muchos niños que jugaban. Pero yo no me paré a jugar: rodeé el lago hasta un bosque que había al fondo y me metí en él. Era un precioso bosque de robles, como los que había en la aldea antes de que plantaran los eucaliptos.

–Sí, mi abuelo me ha contado que antes en nuestra aldea todos los bosques eran de *carballos* –dijo una vecina de Xurxo, –pero que decidieron plantar eucaliptos para sacarle más dinero al monte, porque se ve que crecen mucho más rápido.

–Pues en mi aldea tenemos una *fraga* muy grande –explicó otro compañero –y el incendio casi no le ha hecho daño. Pero los eucaliptos y las fincas que estaban sin limpiar ardieron todas.

Todos habían oído hablar sobre esas cosas en los últimos días. Xurxo también.

–Aquel bosque hacía un poco subida –continuó. –La luz que se colaba entre las ramas de los árboles hacían que pareciera un lugar mágico.

–¡Las *fragas* son así! –dijo otra niña. –Son como los bosques de los cuentos de hadas.

La profesora se anticipó con una mirada desafiante a los de siempre, que esta vez solo se rieron para sus adentros.

–En el sueño pensé que un bosque como aquel era fácil perderse –continuó. –Pero no sentía miedo. Al contrario: me sentía protegido y tenía la sensación de que algo muy bueno estaba a punto de sucederme.

Cuando Xurxo salió del bosque circular que abraza la suave colina de hierba verde y flores silvestres donde vive Dóron, en el corazón del Gran Parque, una sensación desconocida se apoderó de él. Al ver al anciano roble, sintió el deseo de correr hacia él para abrazarlo como hubiera hecho al reencontrarse con un amigo muy querido al que hiciera cientos de años que no veía. Pero no podía correr. Las piernas le temblaban un poco y supo que debía acercarse despacio al magnífico árbol que lo estaba llamando por su nombre.

–¡Xurxo! ¡Ven aquí! ¡Oh, Xurxo, qué inmensa alegría sentirte por fin a mi lado! Tengo mucho que compartir contigo. Quizás ya seas muy viejo cuando acabe de contarte tantas cosas, pero no tengas miedo, Xurxo: cuando despiertes en tu cama volverás a ser el mismo niño que eres ahora, aunque seguramente muchas cosas habrán cambiado dentro de ti para siempre, y poco a poco lo irás notando.

Durante horas, días, semanas y años, muchos años dentro del sueño, el sabio Dóron le habló a Xurxo de todo lo que había visto a lo largo de su larguísima vida, y de todo lo que había aprendido observando a los seres humanos.

–Yo os admiro muchísimo, créeme. Os he visto hacer salvajadas, pero también he sido testigo de actos de amor que han hecho temblar de emoción hasta la última de mis hojas. Por eso sé que los seres humanos sois capaces de hacer cosas extraordinarias cuando escucháis a vuestros corazones y os unís para multiplicar vuestras fuerzas. Quizás te cueste creerlo, Xurxo, pero esta tierra fértil que ahora pisas era un lugar donde nada crecía. Un día, hace más de dos mil años, llegaron aquí un grupo de personas que huían de la guerra. Eras unas cuantas familias muy, muy pobres. Entre ellos había una niña de tu edad: fue ella la que me trajo hasta aquí. Yo viajé en el bolsillo de su único abrigo desde su patria. Entonces yo era una bellota, y ella me acariciaba cada vez que metía la mano en el bolsillo para calentarse: recuerdo el tacto cálido y amoroso de su pequeña mano como si fuera ahora. Yo era su único tesoro. Por eso, cuando decidieron establecerse en esta colina, ella me enterró aquí. Cada día, al atardecer, ella venía a verme y lloraba, hablándome de todo lo que había perdido en la guerra. Y con la humedad de sus lágrimas y el pobre alimento que el suelo tenía disponible para nutrirme, un día germiné; y al poco tiempo broté ante los ojos maravillados de aquella niña hermosa. Eran grandes y verdes, como los tuyos. Aquel día lloró más que nunca, pero fueron lágrimas de felicidad las que me regaron y me nutrieron. Los miembros de su comunidad, que a veces también acudían a llorar junto a ella y a hablar de su tristeza, se alegraron tanto al verme nacer que hicieron una fiesta: cantaron y bailaron por primera vez en mucho tiempo. Y sus canciones y sus bailes me dieron mucha fuerza, créeme, porque yo era pequeño y estaba asustado, ya que lo único que sabía era que nada sabía de lo que iba a vivir, ni cuánto: solo era un frágil brote que cualquier animal de los que merodeaban por aquí en aquel entonces podía comerse de un solo bocado.

Xurxo escuchaba al viejo Dóron con los ojos húmedos de lágrimas.

–Pero, a pesar de mis miedos, fue pasando el tiempo y yo fui haciéndome grande y fuerte, gracias al amor del Sol y de la Tierra, y sobre todo gracias a mi amiga sembradora. Con aquella niña hablábamos mucho todos los días. Hablábamos sobre la Tierra que tenía que llegar: un lugar sin guerras ni pobreza, una Tierra de hermandad entre todos los seres humanos y en la que todos sabían respetarse y respetarla a Ella, a nuestra Gran Madre, y a todos los seres vivos que la habitan. Hablábamos de nuestro planeta como un lugar sagrado, como una Diosa viva y hermosa, fértil y generosa, a la que llamábamos Gaia y de la cual todos somos parte. Los dos sabíamos que esa Tierra todavía tardaría mucho tiempo en llegar pero, ¿sabes qué, Xurxo? ¡Nunca estuvimos más cerca de lograrlo que ahora! Esto es imparable.

–Pero Dóron –dijo el niño, –por lo que veo en las noticias y por muchas cosas que observo que pasan a mi alrededor, como los incendios que nos han robado el paisaje, me parece que esa Tierra de la que hablas queda todavía muy lejos.

–¡No digas eso, Xurxo!!! Porque cada ser humano lleva a esa Tierra en su corazón, lo sepan o no: cualquiera que busque profundamente en su interior la encontrará, es inevitable.

El niño transmitió entonces el principal mensaje que el viejo roble le dio, y que le pidió que compartiera con sus compañeros, el mismo del que le había hablado su amigo Tiago.

–Me repitió muchas veces que, si todos fuéramos capaces de hacernos preguntas sobre las noticias que vemos en los telediarios, o sobre las cosas que pasan a nuestro alrededor, como los incendios... Que si además todos escucháramos lo que nuestro corazón nos pide y nos comprometiéramos a hacerlo... Y que si nos uniéramos a otros para cooperar en todos los cambios que se necesitan hacer para que la Tierra sane de tantas enfermedades y resurja como esa Tierra de paz y hermandad de la que Dóron me habló, esa que todos llevamos dentro de nuestros corazones... Entonces...

–¡Pero eso es muy difícil! –exclamó una niña, con los ojos húmedos de lágrimas. –Ojalá pudiéramos... ¡Pero solo somos niños!

–Davinia, Dóron me dijo que los niños somos muy importantes para hacer que esta Tierra surja, la Tierra del Corazón. Y también me dijo que

no estamos solos. Que algo está cambiando en todo el mundo, y que hay muchos más niños y muchos adultos también escuchando a su corazón y comprometiéndose a cooperar para crear esta nueva Tierra.

–Pues a mí mi corazón me dice que es verdad, que aunque seamos niños todos podemos hacer algo para cambiar las cosas –dijo uno de los de siempre. Y toda la clase aplaudió y coreó su nombre.

Entonces Xurxo se acercó a la profesora y le pidió algo en voz muy baja.

–Vamos a ver, chicos y chicas, ¿os apetece ir de excursión? –les preguntó la tutora.

–¿Vamos a ir a ver a Dóron? –preguntó Davinia, emocionada.

–¿Vamos a ir a la fraga de mi aldea? –preguntó otro niño.

–No –respondió Xurxo, seguro de sí mismo por sentir a Dóron muy fuerte en su corazón. No en vano habían pasado, en el sueño, una vida entera juntos, hablando y hablando; y, aunque solo fuera un sueño, como ya le advirtió el roble aquel sueño lo había transformado para siempre. –Vamos a ir a uno de nuestros montes quemados. No lo pisaremos, porque no es bueno andar pisándolo. Pero lo miraremos en silencio y escucharemos lo que nos dice nuestro corazón. Luego, en clase, hablaremos de lo que nuestros corazones nos han dicho y, con un poco de suerte, quizás sintamos que nos han hablado como si fuesen un solo corazón.

–Y entonces veremos qué podemos hacer ante esta situación que tanta tristeza y miedo ha traído a nuestras vidas –añadió la tutora. –Y voy a proponer a los otros tutores que hagan el mismo ejercicio con sus clases. Tal vez surja un proyecto de cada clase, o de cada curso, o de cada ciclo... O quizás podamos hacer un gran proyecto todo el colegio en unidad, quién sabe.

–Será lo que nuestro corazón nos pida, será algo bonito, aprenderemos mucho y nos lo pasaremos bien –añadió Xurxo. –¡Me lo dijo Dóron! Y Dóron siempre sabe de qué habla porque, cuando él habla, lo hace desde el corazón de la misma Tierra de la que todos y todas somos parte. Porque, como me repitió muchas veces... ¡TODOS SOMOS UNO!

